

Interpelando al Libertador

“La visita de Bolívar”

★★★★★

Dramaturgia: Herbert Morote. Dirección: Ruth Escudero. Actúan: Mario Velásquez, Cristhian Esquivel y Enrique Avilés. Teatro Federico García Lorca del Centro Español del Perú (Av. Salaverry 1910, Jesús María). Hasta el 3 de junio.



EDUARDO LOREZ



El prestigio de toda revolución pretérita se funda sobre consideraciones vagas. Y se derrumba mediante investigaciones precisas

Nicolás Gómez Dávila

“Hombres en pugna, los planes del Libertador para el Perú” es el epígrafe al título del drama

“La visita de Bolívar”, que su autor, Herbert Morote, ofrece como “un aperitivo para la conmemoración del bicentenario de nuestra independencia”. Es, de alguna manera, una revisión en clave humorística de la figura del prócer venezolano basada en la obra del mismo escritor “Bolívar enemigo público No. 1 del Perú”.

Ruth Escudero, infatigable y entusiasta promotora del teatro peruano, presenta al protagonista menos como un libertador del pueblo que como defensor de una clase privilegiada y—

“Bolívar era un pavo real, quizás en esta versión le faltan algunas plumas a su atuendo”.

motivado por un narcisismo incontrolado— desmembrador del territorio peruano. Otro personaje de ego colosal.

“Se trata del encuentro de dos zambos con un negro de comparsa”, pudiera haber sido el comentario sobre la pieza de algún aristócrata limeño de la época, nostálgico de la arcadia, indignado por la proliferación de cachacos colombianos por sus calles y la hegemonía del caraqueño.

Todo sucede en el salón de quien, habiendo estado al lado de San Martín, funge de secretario del Libertador, el conocido libertino Don Bernardo de Monteagudo (Cristhian Esquivel), cuando es sorprendido por la visita intempestiva de su jefe, Simón Bolívar (Mario Velásquez), en el momento en que Monteagudo es—

peraba la llegada de la amante de Bolívar, Manuela Sáenz. La situación es de comedia, la posible aparición de la “libertadora del Libertador” es un buen recurso que genera un cierto suspenso, pero al saberse—por el programa de mano— que ella no aparecerá, disminuye y, al rato, se hace deseable la presencia de Manuelita en un escenario poblado de hombres, los dos mencionados y el sirviente de Monteagudo, Lucero (Enrique Avilés Saldomado), un pícaro esclavo liberto.

En un pugnaz encuentro, Monteagudo, con algunas indirectas y otras más directas, interpela a Bolívar desenmascarando sus desmedidas ambiciones. Simón le hace recordar el proyecto monárquico para el Perú, de San Martín, sacándole en cara haberlo secundado. Y así, entre dimes y diretes—más las quimbas y zalamerías del mayordomo, que no parece haber sido sirviente de una familia de la rancia aristocracia limeña por su lengua larga y su corta etiqueta—, van apareciendo en el diálogo datos históricos de digna recordación, tales que obligan a la directora a utilizar como recurso un anacronismo, el uso de un micrófono, para indicar cuándo el diálogo se convierte en discurso político.

Bolívar era un pavo real, quizás en esta versión le faltan algunas plumas a su atuendo.

Refreshante como un largo sainete, que cuenta con música de sala de Javier Echeopar y sonido incidental de Jesús Ruiz Durand, la pieza incita a revisar la historia que, como diría Marc Bloch, es el camino ineludible para conocerse como nación.